



LA CAIDA DE UN ANGEL

NARRACION

«¡Oh, viejo Libano!» exclamó el celestial anciano enjugándose los ojos humedecidos por la niebla, mientras la nave, bogando á toda vela, deslizaba rápidamente sus mástiles de estrella en estrella y la crujiente proa arremolinaba ante sí las saladas ondas á la sombra que los promontorios del Libano difundian sobre el mar.

»¡Oh, cumbres resplandecientes, que asomais por cima de las tempestuosas nubes, ¡á cuánta mayor altura se os habia de buscar en otro tiempo! El peso abrumador del Océano jamás os habia obligado á humillar la frente, que parece ahora un cráneo blanqueado, ni las oleadas del diluvio, al minar vuestras colinas, lograron desgarrar vuestros costados produciendo esos barrancos. Tampoco se divisaban en vosotras esas rocas, que os asemejan ahora á un cuerpo descomunal falto de todo abrigo, y parecen grandes osamentas prontas á perforar la piel; ántes al contrario, vuestros poderosos músculos, oh enorme espina dorsal de un mundo, cubiertos de un fruncido ropaje de arboleda, de terrenos fértiles y de ondas, destacaban sobre el fondo del cielo sus armoniosos contornos, y aún perfilándose en él, se ostentaban en todo su morbidez. ¡Ah, hijo mio! ¡Si lo hubieses visto en

todo su esplendor, tal y como yo lo veo mentalmente, en aquella época remota; si lo hubieras contemplado en los días cercanos todavía á su creacion, te habrias quedado extático de sorpresa y de asombro!

»¿Ves en esas orillas que esquiva cautelosa nuestra nave esos escollos mugientes recortados por las olas, esos enormes peñascos dentellados, terror del nauta, por los cuales suben y bajan los bramadores embates del piélago? ¿Ves en los flancos de los montes esos desgarros, cual otros tantos hachazos asestados á las rocas que nos muestran sus heridas, y por los cuales apénas corre un menguado arroyuelo como corre el sudor por la frente de un hombre agobiado por onusto peso, miéntras en el tenebroso fondo de la negra barranca aparece el lecho enjuto de un torrente por el cual se creeria que no ha circulado jamás agua á no darlo á entender así los estériles guijarros acarreados por las nieves invernales? ¿Ves más arriba esas largas paredes de roca, esas peladas crestas cuyas escarpaduras parecen sustentar las nubes, así como esas nieves en las que nada se atreve á vegetar, y esos erguidos picachos, cuyos dientes parecen mellar el éter? ¿Ves en fin ese vasto cúmulo de granito sin sombra ni cultivo, en que con dificultad encuentra alimento la yerba y que obliga al hombre á proferir un grito de espanto y á exclamar:—¿Pero este globo fué hecho para la piedra ó para mí?

»Pues bien, toda esa áspera aridez no es más que decrepitud. Antes todo era tan grandioso como ahora, pero sin la rudeza de hoy: esas cumbres, sumergidas en el azul-océano del aire, ostentábanse por do quiera henchidas y como repletas de carne, y se dilataban, subian aisladas ó gemelas, desde el seno de la tierra, virgen todavía, como sube y crece el seno de una doncella, dilatado por una sangre llena de sávia y de amor, y cuya plenitud redondea su contorno. Esas nieves, que con su peso parecen hundir sus costados, no oponian entónces sus monótonas manchas blancas al azul oscuro y

profundo de un firmamento más puro, con el cual se confundia el verde matiz del follaje, como se confunde la verdura de los bosques, duplicando su imágen, con el cerúleo color de un mar dormido junto á la playa.

»Las encinas de retorcidos brazos, los cabelludos cedros que crecian hasta en las últimas mesetas inaccesibles á la vista humana, ensanchaban sus troncos á modo de viviente columna para elevar á cien piés de altura su ápice ó su corona, y sumergiéndolas, vestidas de perpétuo verdor, en las encendidas oleadas de la luz del cielo, cubrian los montes por do quiera con ondulante manto; pero esos gigantescos árboles, primogénitos de la tierra, no ocultaban á pesar de ello todo el seno de su madre; sus retoños, apiñados como en nuestras selvas, no germinaban sofocados tan cerca de sus troncos, ni interceptaban con sus envidiosas ramas el cielo y los rayos á las plantas de los prados; engalanaban, sí, la tierra, pero sin ocultarla bajo su profuso adorno; entre sus brazos asomaban anchas porciones de cielo para que las brisas, la luz y la humedad atmosférica visitasen el resto de la creacion. El rayo se encargaba alguna que otra vez de despejar el espacio ocupado por los árboles, sembrando sus ennegrecidos troncos por las accidentadas cumbres; los torrentes barrían los declives, dejando trechos desnudos en sus laderas; de suerte que entre las ondas y esos grandes troncos esparcidos podia pasearse la vista por los prados, á la manera que el rayo circular del sol juguetea entre las columnas de una cúpula iluminada por él. Así era que los lagos brillaban al través del ramaje, y los siete rios ahondaban otros tantos valles con sus aguas, grandes venas de plata que desde su elevada arteria descendian en cerúleas oleadas para fecundar la tierra, reuniendo con mil nudos, cual las fibras de un nido, la innumerable red de manantiales del peñascoso monte.

»¡Oh! ¡Qué flores crecian en esa cuna de los rios! ¡Qué cedros cobijaban bajo sus ramas esas juveniles aguas! ¡Qué

avecillas humedecían sus alas en esos estanques! ¡Qué firmamento se reflejaba de noche en su seno! ¡Qué murmullos secretos y qué alma profunda brotaban con su corriente y contaban con sus ondas! Parecía el canto confuso y emitido á media voz de las oleadas impacientes por hervir espumosas bajo los bosques! Y cuando el sol poniente, rasando su faz occidental, enrojando la zona horizontal del cielo, y replegando sus rayos, se deslizaba entre los abrasados troncos de aquella inmensa cúpula y parecía encender en las humeantes cimas una hoguera colosal dispuesta para sacrificar víctimas sin cuento; cuando estas llamaradas de las cumbres, reflejadas por el mar, parecían despedir copiosa espuma en las ondas vespertinas; cuando las fieras, saliendo de sus recónditas guaridas, acudían á merodear, saltar y aullar por aquellas laderas; cuando los millares de gritos de bandadas de pájaros, y el estruendoso rumor de tantas cascadas, contribuían cada cual con un sonido al cántico unánime, como un órgano de cien voces animado por una sola voluntad; cuando los céfiros exhalaban su hálito suave sobre la superficie de los montes que parecían ondular á su impulso como el agitado plumon de un cisne se estremece de voluptuosidad al sentir el aliento de una boca; cuando los quejumbrosos cedros retorcián sus brazos movedizos, y cuando una nube de flores levantada por los vientos surgía de la montaña despidiendo rumores extraños y balsámicos perfumes capaces de embriagar á los ángeles, entónces el corazón quedaba en suspenso extático y silencioso, las estrellas se inclinaban radiantes de amor en los cielos, y el que conocía el llano y la colina, podía percibir el hosanna que resonaba en toda su plenitud en su cumbre!!!

—Este anciano desconocido, pensaba yo, habla como si hubiese sido testigo ocular de lo que cuenta.

Sin duda leyó en mi rostro este pensamiento así como mi turbación, pues me contestó:

—Sí, lo he visto, mas no personalmente; no con mi vacilante mirada, ni con estos ojos materiales, sino con los ojos de esos santos á quienes Dios permite vislumbrar desde la tierra sus designios, á quienes el porvenir revela el número de los días futuros y para quienes no tiene sombras la noche de lo pasado!

—Yo creía que ya no había santos en la tierra.

—Todavía queda uno, oh hijo mio, en esta época tenebrosa; uno tan sólo, digno heredero de esos profetas sagrados cuyas cabezas iluminaba el rayo del Altísimo, y en los cuales penetraba el sentido divino por el intermedio de otros sentidos, reverberando su fulgor aún en las tinieblas que nos rodean. Cuando la inspiración del cielo se abre paso en la mente de ese hombre, hace que sus labios relaten todo cuanto ven sus ojos; ¡dichoso aquél que pueda oírle en esas horas en que Dios le hace coetáneo de todas las épocas y le concede el don de ubicuidad! Asiste en vida al sublime misterio, á los actos sucesivos del drama de la tierra. Mas para acercarse á ese santo, se necesita ir guiado por un purísimo deseo, y ser de corazón sencillo y exento de toda agitación.

—¡Oh! ¿En qué rincón del mundo habita ese hombre, padre mio? Viajero errante, voy cruzando mares y montañas en busca de un rayo de verdad; con este objeto, he abandonado el país en que vivía mi padre, la tumba en que mi madre me espera; he tomado de la mano á ese niño y á esa mujer, confiando su querida existencia á los costados de este buque como el que lleva todo su patrimonio en el repliegue de un manto; he arriesgado mis tesoros, mis amores, mi vida; ¿qué más puede sacrificar un hombre?

—Pues bien, aún cuando al regresar, esas olas enfurecidas os sepultaran en su seno á tus tesoros y á tí, no pagarías en todo su valer ese gran espectáculo, ni el más fugitivo destello

que pueda despedir el oráculo sobre la noche de los tiempos.

—Pero ¿en qué apartadas riberas vive ese hombre de Dios? ¿Quién me enseñará el camino del lugar en que habita?

—Levanta los ojos, hijo mío: ¿ves sobre nuestras cabezas ese grupo del Líbano, velado por densas nubes, y cuyas desmesuradas ramificaciones, humeantes con los fuegos del cielo, blanquean al sol cual osamentas y que desde el alto Sanuín hasta el cabo de Saida descienden en rápida pendiente hacia el mar? La mirada penetra por do quiera en la sombra de los oteros, cuyo granito sirve de sostén á altísimas mesetas en las que de trecho en trecho surge entre las hendiduras de las rocas un sombrío monasterio. Al verlos desde aquí, ni áun el ojo perspicaz del piloto podría distinguir sus negros muros de los peñascos que los circundan. Semejantes á erguidos picachos que desgarran las nubes, elévanse escalonados hasta el cielo, anegados por los vapores en las oleadas del aire. Solamente se divisa alguno que otro al lívido fulgor del relámpago, pero nadie más que las águilas sabría encontrar el camino que á ellos conduce. Y sin embargo, ahí vive un pueblo fiel observador de santas reglas, un pueblo que, por huir de la esclavitud y de la media luna, ha llenado el Líbano de agujeros como una colmena, y allí, suspendiendo su vivienda de las paredes de los precipicios, fecundiza hasta los menores intersticios de las peñas: abejas del Señor, cuya cera y cuya miel son oscuras virtudes que sólo tienen valor en los cielos!

—¿Y qué santo pueblo es ese?

—Ese pueblo es el de los maronitas, tribu de adoradores, de cenobitas austeros, que, semejantes á los hebreos en su cautividad, ha escondido en esos montes el arca de verdad: allí se multiplica há dos mil años su raza, practicando las sencillas virtudes que el Occidente olvida, sin pretender buscar esa perfeccion que se emancipa de las leyes de la creacion, ejercitando sus almas en el amor al prógimo me-

dante los castos vínculos de la paternidad y del matrimonio, con cuyos frutos se consideran honrados, como el árbol se envanece con los suyos: un hijo es para ellos un tributo ofrecido al Señor, un servidor más para servir al gran Maestro, un ojo, una razon más para conocerlo, una lengua más en el coro infinito que debe bendecirlo por los siglos de los siglos. No son, no, mendigos voluntarios que usurpen el pan á los indigentes como vuestros ermitaños: ellos mismos tejen sus hábitos, con cuyo objeto se dedican á la cria de gusanos y apacientan lanijeros ganados; siembran cereales al borde de los precipicios, uncen al yugo sus robustos novillos, y con frecuencia se ve á esos piadosos labradores, no bien resuenan los ecos de la campana de un monasterio, arrancar de un surco regado con sus sudores la reja del arado que sale humeante del suelo, y mezclando bajo la bóveda celeste la oracion con el trabajo, entonar un himno de gracias mientras cobra el ganado nuevo aliento.

»Su viejo cristianismo, que jamás ultrajan pretendiendo purificar la naturaleza, es una purísima gota de esa agua que Jesucristo no mezcló con hiel alguna, cuando su bendita mano la hizo descender del cielo y cuando dijo al partir: «¡Hombre, soy tu hermano; mi reino es el tuyo, y mi Padre es tu padre!»

»Pero en ese pueblo de elegidos hay algunos que, impulsados por más religioso fervor, trepan á las más agrias cumbres del Líbano, cuyas soledades recorren cuando están próximos á terminar sus dias, y dando allí rienda suelta á su espíritu contemplativo, consumen su alma en celestes aspiraciones, nuevos Pablos del desierto que se guarecen en una caverna y á quienes proporcionan alimento las fieras y visitan las águilas.

»Hay uno, sobre todo, cuyo nombre no pronuncian los ángeles, segun se dice, sino con respetuosa veneracion; cuya edad ignoran los hombres más ancianos de su raza, y á

quien aún en sus años juveniles, recuerdan haber visto siempre con la reflexiva frente poblada de blanquísimas canas, las sienes hundidas y las pupilas apagadas, de las que há más de sesenta años no destella fulgor alguno, pupilas que si bien parecen quemadas por atrasadores relámpagos, y aunque ciegas por fuera, deben mirar interiormente.

»¡Ah hijo mio! Ese hombre sabe cosas extrañas acerca de la infancia de los tiempos, del hombre y de los ángeles, y ya sea porque algun día la misma divinidad le hablara, ó porque su inteligencia haya logrado hacerse superior á sus sentidos, ó bien porque las maceraciones con que se santifica hayan conseguido que su alma adquiriese el don de profecía, y que en vez de penetrar en las tinieblas de lo futuro sepa evocar el recuerdo de lo pasado, lo cierto es que, como un espíritu robusto y á fuerza de pensar, hace que revivan en su mente las más lejanas memorias, y que vea los días de Adam como ve los actuales.

»Ruda y difficilísima es, sin embargo, la tarea de llegar hasta él. En lo más alto de esas cumbres visibles, vive en un antro rodeado de inaccesibles peñascos, no habiendo senda alguna que hasta allí encamine los pasos de los mortales. En vano sería que el montañés estuviera trepando todo un día en demanda de ese sitio, pues á no mediar algun milagro no podría dar con la gruta; y se asegura que como un ángel ó el Señor no guie los pasos del que la busca, volvería éste á parar al punto de partida, rendido, jadeante y extenuado de cansancio y de sudor. Pero el espíritu del Altísimo, que te ha traído hasta aquí desde tan remotos climas, te guiará, hijo mio, mucho mejor que cualquier senda abierta por los hombres; deja pues al pié de la montaña á tu esposa y tu blondo hijo, y mañana te acompañaré al Libano.»

Echamos el ancla en el cenagoso fondo en que la antigua Sidon, cerca de un cabo que se ensancha de día en día, reunía en otro tiempo sus naves junto á sus muelles de gra-

nito, como otros tantos aguiluchos que vuelven al nido. El tiempo no ha dejado, de su inmensa ruina, más que un muelle derruido que duerme en el fondo de una ensenada, la arena cuya blancura alumbraba la luna, y la espuma que lavaba la barca de un pescador. ¡Cómo nos rinde y nos abruma tu eternidad, ¡oh dios de los tiempos! cuando buscamos un pueblo entre la arena y cuando todo el ruido de un vasto imperio á cuya tierra se salta de noche, se reduce ¡ay! al producido por el remo de una barca!

Dejé todo cuanto poseia en mi casa flotante blandamente mecida por las sosegadas olas, y el anciano y yo, animados de idéntico anhelo, encaminamos nuestros pasos hácia los flancos de los montes ántes de salir el sol. Al despuntar la aurora pudimos ver cómo huía el mar gradualmente detrás de nosotros y se hacían más visibles los picos, miéntras que las cumbres á que íbamos llegando, veladas por otras cumbres, parecían hender el firmamento en que la nieve se reflejaba cual cúmulos de estrellas. Desde allí se divisaba el gran desierto cuyos caliginosos vapores le hacían brillar como un hierro enrojecido en un hornillo, y el mar y el cielo confundidos en el horizonte y engañando al reunirse los ojos y la mente, parecían un océano circular y sin orillas en el que flotaban el sol, los montes y las nubes. Pasamos al pié de un cerro negro y empinado, coronado por los muros de una antigua casa señorial, semejante á esos montones de góticas ruinas que siembran las colinas del Rhin. En la cúspide de una torre asomaban algunos vistosos turbantes.

—¿Qué terrible mansion es esa? pregunté al anciano. ¿Qué crimen, ó qué ardor de un alma solitaria ha inducido á que se habite ese misterioso palacio?

—Esa es la morada donde vive en voluntario destierro una

dama europea (1), me respondió: ¡ahí pasa las noches entregada al estudio de la ciencia de los magos, elevando su alma á Dios por la escala de los sábios! Dios sabe si su arte es verdad ó sueño; pero cuantos aquí llegan bendicen su hospitalidad.

Pasamos en aquellas altas viviendas la noche, amenizada por la gracia y el talento de su dueña; las estrellas del cielo festejaron su generosa acogida y salí bendiciendo aquel hospitalario umbral.

Tres días estuvimos subiendo y bajando de las crestas de las rocas á los torrentes de los abismos; pasamos rozando con las tribus salvajes de los hijos del desierto, escoria de razas viles: drusos belicosos de ojos negros y soberbios, adoradores del becerro que rumia sus yerbas; árabes pastores, cuyos camellos errantes acuden á beber en los torrentes desde treinta días de distancia; gente que viaja al compás de las estaciones, y cuyas blancas tiendas, á manera de ciudades trashumantes, descollaban entre las ramas.

Dormíamos en cualquier sitio, sin sufrir sed y sin arrosar peligro, porque en el Oriente es sagrado el extranjero en todas partes; hasta que por último, por los sonidos de las campanas benditas conocimos desde léjos que nos acercábamos á los montes de los maronitas, y trepando por sus picos donde se rompen los vientos, dejamos en la falda sus conventos más oscuros. El Libano no era allí otra cosa sino un cráter, abierto por sus flancos en cien térreas bocas, en las que la mirada, al penetrar por encima de sus salientes rebordes, sólo encuentra tinieblas, vértigos y horrores. Las nieves, que se deshacían en amarillenta espuma, humeaban como las hogueras que el pastor enciende, y precipitándose al abismo por canales sin cuento, llenaban la region del aire con el estruendo de sus aguas.

(1) Lady Stanhope, en Djum.

Andábamos temblando por sitios en los que apenas se atreve á anidar el águila, cuando al revolver bruscamente una angosta cornisa, vimos con una emoción que nos hizo caer de rodillas, la anchurosa sombra de los cedros del Libano extendida sobre nosotros, árboles plantados por Dios, sublime diadema con que se corona el mismo rey del rayo. Su sombra nos infundió ese santo horror que causa un templo en el que reside el temor del Altísimo. Contamos sus troncos que sobreviven á todas las edades de la tierra, como se miden con la vista, levantando la frente, esas columnas que subsisten de pié y cuyo tronco se toca, en los desiertos llenos de oleadas de arena. El solo cálculo de su inmensidad abruma; nuestros piés se cansaban ántes de dar una vuelta entera á su base, y la inútil cadena hecha con nuestros brazos extendidos ni siquiera abrazaba una arruga de su corteza. Un hombre de pié, comparado con esas plantas divinas, parece una hormiga situada sobre sus vastas raíces; sus negros brazos se extendían desde la arista del monte en que se derriten las nieves hasta los bordes de una meseta, de los cuales sobresalian; la vertiente de la montaña, hendida en aquel sitio cual si la hubiesen descargado un hachazo, formaba de pronto y hasta perderse de vista un precipicio, en el que se despeñaba, rompiéndose en el fondo, un rio entero, que abriéndose un valle hasta el mar, hacia serpentear sus ondas reunidas en un cauce.

Tendidos junto al borde, á fin de que el vértigo causado por aquel profundísimo torrente no nos precipitara en él, con los ojos llenos de espuma y azotado el rostro por el viento, contemplábamos aquella acuosa nube del abismo, bien así como desde lo alto de un promontorio se contemplan las espumosas masas que las grandes mareas levantan en los escollos. Tan sólo nuestras frentes asomaban fuera de aquel abierto precipicio. Mi guía me designó con la mirada una cavidad producida por las aguas al despeñarse, y que habían

dejado á descubierto, al cambiar de lecho, en aquellas lisas rocas: dicha cavidad parecia una inmensa y blanca canal, cuyo profundo molde lo habian esculpido las ondas, ó tambien la mitad de una sólida torre de la cual se ha derrumbado un lienzo y en la que se divisan los escombros de sus diferentes pisos al través del enmarañamiento de espinos, ortigas y arbustos parásitos.

A pocos pasos de nosotros se divisaba en aquella pared de rocas, como la grieta de un muro, un intersticio oscuro semejante por su forma á los gigantescos pórticos que se elevan desde el umbral hasta el techo de las catedrales, y ante aquella abertura se extendia un gran peñasco, promontorio de la montaña, más lento en desmoronarse que los otros y cuya nivelada superficie tenia algunos piés de extension; el musgo y los piés encontraban allí un poco de espacio para fijarse, y nuestra vista divisaba un sendero que le circuia en torno al través de enormes pedruscos de pórvido sanguinolento. Las aguas que corroen el granito más duro habian realzado sus bordes como los de una vasija, y este reborde protegía la mirada y los pasos de la constante amenaza del abismo fluctuante que mugía debajo de él. La rama de un cedro se inclinaba, cual denso nubarrón, sobre aquel sitio con todo su follaje lleno de perlas de espuma que centelleaban á la luz del día, proporcionando un poco de sombra y de frescor, y permitía que los rayos matinales y las sombras, luchando entre las ramas, bajasen á juguetear en aquellos escombros.

—Demos gracias al Señor, me dijo el anciano en voz baja; él mismo ha guiado nuestros pasos para que encontremos á su santo: ya hemos llegado; esos gigantescos troncos son los sagrados vestigios de los árboles del Eden; estos sitios han conservado el nombre del santo jardín, y esos cedros eran ya viejos en tiempo de Salomón; su instinto vegetal es un alma divina que siente, juzga, prevé, y discute y combina; sus gigantescos brazos son miembros vivientes que saben replegar

cuando los azota la nieve ó el viento; la roca los nutre, el fuego apaga su sed, y su savia inagotable es el jugo de la tierra. Han visto sin doblar la cerviz cómo empujaba el diluvio sobre sus descomunales copas las oleadas de los Océanos; una de sus ramas fué la que el ave azul del arca llevó desde el abismo al patriarca Noé, y así como han sido testigos del primer día, lo serán tambien del último!—El eremita ha escogido su residencia á sus piés y ahí está el antro en que vive desde tiempo inmemorial, donde le visita día y noche el espíritu de lo pasado y donde se ofrecen á su vista visiones sagradas, descendiendo de esas sacrosantas ramas pobladas de ilusiones: ahí se confunde su alma con el alma de la tierra. No hallándose jamás solo á pesar de vivir solitario, sostiene constantes pláticas con voces extrañas, y ve lo que no hay, lo mismo que yo te veo. Su cuerpo no está sometido ya á las leyes de la naturaleza; algunos frutos secos constituyen todo su alimento, y si la activa caridad de sus hermanos en Jesucristo, que residen en el monasterio situado allá abajo, se olvidase algun día de subir hasta aquí las cestitas de dátiles y miel que sirven de alimento á sus vigiliás, aquel día pereceria de inanición sin haber suspendido un momento su contemplación.—Ea, pues; sigue mis pasos por el borde del precipicio, pero sin hacer ruido; quédate á la puerta, y guárdate de entrar hasta que una seña mia te indique que puedes hacerlo, pues al extinguirse un sentido adquiere más fuerza y perspicacia otro, y su oído percibiria el rumor de mis pasos ó de los tuyos: si por acaso estuviere absorto meditando en las cosas celestes, no despertemos su espíritu de improviso; porque ahuyentariamos la voz que habla en su alma, así como se apaga una llama sacudiéndola.

Seguí á mi guía paso á paso, y poco despues llegábamos al umbral del antro venerado. Un sordo murmullo, eco de un corazón que ora ó de un solitario y santo énsimismamiento, nos habia encaminado hácia la puerta de la roca, como el ru-

mor de un riachuelo oculto que crece á medida que nos acercamos á él: habríase creído que la roca, refugio del solitario, habia adquirido voz y alababa á Dios debajo de tierra. No podíamos discernir las palabras, pero las modulaciones de la voz hablaban lo suficiente á los oídos: adivinábase en ellas el fervor y los arranques de éxtasis que brota y rebosa de un corazón henchido en demasia, así como el santo fervor de un alma entregada por completo á Dios.

Mi guía se detuvo un momento á la puerta, adelantó algun tanto la cabeza entre sus dos pilares, me tomó de la mano, y con un dedo me señaló el profeta. Era él; tenia la mirada fija como la de un hombre ensimismado, y estaba en el umbral de su antro con ambos piés bajo su cuerpo, en la santa postura que era ya habitual á sus piadosos miembros; las manos cruzadas sobre las rodillas, y el busto inclinado cual si le abrumara su propio peso. Sus huesos, que casi perforaban su carne de anacoreta, se destacaban bajo su piel como los de un esqueleto, pero echándose de ver en ellos la estructura de un cuerpo cuyos resortes habia hecho funcionar el espíritu potente que lo animaba. Aquel busto estaba enteramente desnudo; la pesada manta que llevaba ceñida á la cintura con una cuerda, cubria el resto del cuerpo, cayendo en escasos pliegues sobre la esterilla de junco. Sus largos brazos eran testimonio de su elevada estatura; sus hombros, adosados á la áspera roca, tenian el mismo color que ésta, destacándose de ella como la piedra que labra un escultor, y en aquella blancura marmórea apenas se veia ondular alguna que otra vena, mudos testimonios de que aún circulaba la vida por aquel cuerpo. Su cráneo, de resplandeciente blancura matizada de rojo, brillaba á la luz del sol como dorada cúpula; al verlo, hubiérase jurado que jamás sombreó su robusto contorno cabellera alguna, y tan sólo las blancas hebras de sus altas cejas se mezclaban con la blancura de las pestañas. Tenia los ojos cerrados como si sus pupilas buscasen en Dios

únicamente el cielo y la luz: parecia que cierto resplandor interno inundaba su rostro inmóvil y grato de contemplar, y sus puras facciones, demacradas por el constante trabajo de su imaginacion y no por las arrugas, eran tan sólo líneas áridas cuyo contorno abarcaba una ténue epidermis, y hasta al través de sus mejillas se creía ver la luz.

La trasparente trama de aquel tejido fibroso, no parecia ya un cuerpo, sino una vestidura del alma, y á no ser porque sus lábios se agitaban murmurando una plegaria y porque su huesoso pecho se dilatava al respirar, hubiérase creído, al contemplar aquellas facciones extenuadas por el ayuno, la inmovilidad de aquella frente de estatua, y la igualdad de color de aquellos miembros y de la peña, que el hombre y la roca formaban una sola pieza.

El sol, que rasaba las paredes del abismo, teñia ya la parte superior de su calva frente, y aun cuando él no pudiera ver aquel rayo que iba á reflejarse en sus ojos, parecia sin embargo, gozar de él, así como por el intermedio del otro sentido que la fé sutaliza se siente á Dios sin verlo en la noche de este mundo.

El estupor petrificaba nuestros pasos; nuestra inmóvil sombra no revelaba nuestra presencia, y ni el menor soplo de nuestros sentidos le daba á conocer la presencia de un sér puesto entre él y el cielo. ¡Oh! ¡Quién pudiera reproducir las palabras de fuego que consumian su lengua remontándose á Dios! ¡Aspire el Señor, que creó esas naturalezas extrañas, las alabanzas salidas de los lábios de sus santos!

Cuando hubo exhalado su incienso matutino, volyóse á nosotros sin que ninguna señal visible hubiese advertido nuestra presencia á sus sentidos, cual si la plegaria de una luz sobrenatural hubiera guiado sus párpados.

—¡Jóven extranjero, dijo, acércate á mi! Hace muchos, muchísimos días que te veo en lontananza; llegas, hijo mio, de un lugar tenebroso en busca de la luz á la hora precisa en

que mi sol declina; pero Aquel cuya mano me llama ya á la tumba, con una ténue chispa enciende una gran antorcha, y de levante á poniente, la inextinguible llama del alma que se apaga se comunica á otra alma. El moribundo trasmite en la tierra al vivo esa antorcha del pasado no agitada por viento alguno: siempre hay álguien que reciba el manto sagrado de Elías, porque Dios no permite que se olvide su lengua. A ti te ha distinguido entre la muchedumbre asiéndote de la mano; tú eres aquel á quien su espíritu ha designado el camino; tú el que desde el claustro materno te abrasas en inextinguible sed del Señor, por obra y gracia suya; tú, á quien ha escogido en este bajo mundo para escuchar y para repetir la voz de la montaña. Mas apresúrate á agotar las proféticas fuentes de esos grandes relatos de las maravillas antiguas, porque de esta memoria por la que Dios las hace circular, sólo podrán manar un brevisimo instante, y el que te ha encaminado á presenciá mis últimas vigiliás quiere que mi cansada voz espire en tus oídos. Muy pronto dejaré mis restos mortales en esta roca; aprovecha sin demora la hora fugaz que Dios me permite vivir todavía; lee el libro de los secretos de la tierra, que en todas partes está escrito, ántes que un dedo desgarré sus hojas. Habla: ¿por dónde deseas que te abra mi espíritu?

—Que lo abra el mismo espíritu divino, le respondí: ¿quién soy yo para hablar ante la voz suprema?

—Pues bien, recojámonos, hijo mio, me contestó. Reclina la cabeza entre tus manos descansándolas sobre tus rodillas: cuando la levantes, la muerte habrá sellado los labios del profeta.

Tres días estuvimos sentados á sus piés, y este fué el segundo de sus doce relatos.



PRIMERA VISION

Era la época en que el Soberano Juez iba á soltar muy pronto las oleadas del diluvio, en que todo sér, casi recién creado, excepto el hombre, estaba aún en su perfección. La luna, pálida hermana de la tierra, surgía en toda su plenitud y redondez esos anchos troncos, como surge una vela aislada en los límites de los mares, y tocando ya la frente de los cedros sagrados parecía un gran fruto de oro madurado á la caída de la tarde en la rama más alta de esos prodigiosos árboles. Los nitidos entre resplandores de aquel astro manaban, serpeaban de rama en rama en ondas repetidas á la manera que un plateado riachuelo, que se divide al despeñarse, forma sábanas de líquido cristal que centellean y se rompen: luego, extendiéndose por el suelo como inmensos vellones de blanquísima lana, argentaba los musgos y céspedes en las floridas pendientes.

A los fulgores de la nocturna antorcha divisábanse largas filas de ganados que subían por una cuesta, y á los cuales una tribu de pastores, sorprendidos por la noche, guiaban á lo lejos empujándolos detrás de una oscura loma. Hombres, mujeres y niños se hundían en la sombra: aquella familia humana no era muy numerosa, y merced á la clemencia de un cielo sin ardor ni humedad, no llevaban vestidura alguna que cubriera su airosa desnudez; las mujeres velaban sus for-